

## LA EXTRAÑA FORTUNA DE SER FELIZ

—●—  
*Miguel A. Rodríguez López*

*(Texto revisado y corregido de la conferencia pronunciada el día 6 de marzo de 2010 en el Colegio 'Francisco de Sande' de Cáceres)*

Tal vez no exista entre los seres humanos interés común más antiguo y a la vez más actual que el de procurarnos una vida dichosa. «Todos los hombres buscan la manera de ser felices», escribió Pascal hace ya más de trescientos años. Mucho antes que él Aristóteles nos enseñó que la felicidad es el bien supremo, la meta que por naturaleza deseamos alcanzar. Pero, ¿qué tipo de existencia nos permitiría ser felices? ¿La que da rienda suelta a nuestros impulsos y necesidades básicas, a nuestros deseos y emociones más profundas, la que nos capacita para el ejercicio de alguna destreza concreta, quizá la que cultiva algún tipo de espiritualidad que nos acerque a la sabiduría suprema? Apresuradamente diría que existen tantas maneras de ser felices como individuos hay en este mundo. Son muchos los caminos para descubrirla, pero casi todos estaremos de acuerdo en que la felicidad es un placer al que nadie quiere renunciar de antemano. Otra cosa es determinar qué tipo de felicidad persigue cada uno.

P A R A T I D O X A

La felicidad es un placer, qué duda cabe. Sería interesante ver en qué consiste el placer de la felicidad. Es muy discutible que podamos reducir la felicidad a un simple placer, pero no es menos cierto que sin el disfrute del instante gozoso la felicidad sólo podría ser ficticia. Por eso, si la filosofía ha aportado algo relevante a este asunto es que, además de placer, no existe felicidad sin conocimiento. De otra manera lo que obtendremos será siempre una sensación larvaria y fragmentada de nuestras experiencias, una satisfacción puntual que obedece a la pura ocurrencia y que es el efecto de un estado de cosas ya dado. Pese a todo, es habitual escuchar que la ignorancia reporta grandes beneficios (alguien afirmó una vez que «la felicidad consiste en tener buena salud y mala memoria»), y que el desconocimiento nos evita muchos quebraderos de cabeza. Pero hemos de admitir también que sin este conocimiento nuestra vida quedaría enormemente empobrecida, no ya porque nos estrellaríamos continuamente contra una realidad que se nos resiste, sino porque sería muy difícil vivir a expensas de nosotros mismos.

La felicidad es un bien. Lo bueno me hace feliz. Pero sentirse bien, estar bien, no es lo mismo que ser feliz, porque la felicidad no depende sólo de una situación momentánea. Imaginemos por unos instantes que nos encontramos con un buen amigo al que hace bastante tiempo que no vemos. Rápidamente nos pregunta: ¿cómo estás?, ¿cómo te encuentras? La inmediatez de su pregunta impone una respuesta igualmente inmediata en la que evaluamos de modo aproximado nuestra situación presente. Pregunta por nuestro estar, o mejor, por nuestro *bienestar*. ¿Estás bien? ¿Cómo te van las cosas *actualmente*? Imaginemos ahora que, avanzada la tarde y tras una charla confidencial donde profundizamos en nuestros problemas

e inquietudes, ese amigo nos pregunta esta vez: ¿eres feliz? La magnitud de semejante problema nos deja súbitamente perplejos. Advertimos en seguida que la cuestión no ofrece una respuesta sencilla, porque nuestro amigo no pretende saber ya si nos encontramos bien, si estamos a gusto. Lo que nos pregunta es si *somos* felices. Pregunta por nuestro ser, por cuanto somos, por nuestra identidad, por la totalidad de nuestra persona. Se trata de una pregunta integradora acerca de nosotros mismos. Su reclamo nos incita a evaluar, esta vez de manera más reflexiva y crítica, la vida que hemos vivido, la que llevamos actualmente y la que concibe planes para un futuro próximo o lejano. Con su pregunta nos reconocemos no solamente en la vivencia del momento, sino también en la estela de unas previsiones pretéritas y unos recuerdos todavía nuestros. Responderle exige de nosotros una coherencia y una honestidad que no siempre estamos en condiciones de abordar o dispuestos a plantearnos seriamente. La indisposición que provoca su demanda se nos hace incómoda y a veces inconveniente porque, en cierto modo, preguntar por la felicidad de uno es preguntar por uno mismo. Tarea que, lejos de la egolatría, resulta ser en la mayoría de las ocasiones algo bastante embarazoso y en ocasiones ingrato. En definitiva, se trata de un ejercicio de autoconciencia donde medimos el grado de satisfacción de nuestras experiencias en un horizonte de posibilidades tal vez limitadas pero hasta cierto punto imponderables.

A menudo confundimos nuestro estado de bienestar con la felicidad que podemos vivir, y los medios que usamos para conseguirla con el objetivo al que aspiramos. Salud, dinero, amor, trabajo, diversiones, son sólo algunos de esos medios

que pueden brindarnos la dicha buscada, pero no sabríamos reducir la felicidad a ninguna de estas cosas. Su carácter integrador sólo se comprende bien por la implicación directa que ésta tiene con la totalidad de nuestra existencia. En gran medida esto es así porque la felicidad no es algo que se obtiene o conquista de modo definitivo, no es la consecución de una meta, de un final: en este mundo nada resulta ser tan absoluto, excepto la muerte. El momento pasa, los estados de felicidad son transitorios como transitoria es, de hecho, toda nuestra vida. Como ésta no obedece a un programa o plan preconcebido, sabemos que estamos expuestos al influjo de lo inesperado. Nuestros proyectos no son algo fijado para siempre. Modificamos el valor de nuestros gustos y preferencias, reorganizamos intereses, corregimos o reciclamos hábitos de acuerdo con las necesidades circunstanciales y las elecciones que tomamos. Cambiamos de empleo, de ocupaciones; cambiamos de pareja, de relaciones, de amistades; los contextos varían, las situaciones influyen en nuestro carácter y nuestra forma de vida sufre mutaciones importantes. Todo ello supone admitir que nuestra naturaleza es, a la vez, flexible y frágil. En la fortaleza de nuestras capacidades para aclimatarnos a un modo de vida que nos permita conducirla de la mejor manera posible, advertimos también la precariedad de nuestros deseos y la solitud de nuestras acciones. Vulnerables en un mundo que no está a nuestra entera disposición, la felicidad se nos presenta como un acontecimiento donde a uno la vida le puede ir mejor o peor.

En este sentido podría decirse que la felicidad es un estado provisional de la existencia, precisamente porque nuestra existencia es en sí misma algo provisional. La fragilidad constitutiva de la condición humana nos lleva a comprender

por qué la felicidad que obtenemos existe sólo en la medida en que podemos perderla. Por eso, para quienes han vivido situaciones de distinto calado es fácil escuchar aquello de que no conocemos verdaderamente la felicidad si no consideramos a la vez el influjo de la desgracia. Porque pertenece a la esencia misma de la felicidad la posibilidad de su fracaso. Como seres expuestos a los avatares de la vida, estamos abiertos al riesgo de ser importunados por la adversidad o beneficiados por la feliz ocasión.

La provisionalidad de la dicha (y de la desdicha) pone de manifiesto la precariedad de nuestro itinerario vital, que no se deja maniatar por la búsqueda de una felicidad sin contrastes. Aspirar a una vida donde se procurase intencionadamente una felicidad permanente tendría algo de absurdo y aberrante, no ya porque desconocería la realidad del tiempo finito que nos toca vivir, sino porque su garantía nos dispensaría de toda emoción y capacidad crítica, elementos necesarios para reconocer el valor de lo obtenido y de lo perdido. Pensar en una vida carente de sufrimientos no elimina la posibilidad de padecerlos, en buena medida porque la realización efectiva de nuestros deseos incluye la intervención benéfica o nefasta de lo fortuito. En efecto, el carácter afortunado de la felicidad complica notablemente nuestro devenir y pone en juego el riesgo potencial implícito en todo lo que nos sucede y todo lo que hacemos, pero al mismo tiempo también enriquece notablemente cuanto somos.

No obstante, en el intento de inmunizarnos contra la desgracia se han dispuesto desde siempre estrategias y actuaciones de carácter religioso, político, moral o psicológico encaminadas a suprimir, contrarrestar o mitigar el dolor que supone vivir una vida esencialmente vulnerable y conflictiva.

La búsqueda del bien, de lo beneficioso o lo placentero responde a una cierta racionalización de la vida. Para muchos minimizar los riesgos, optimizar el éxito o escamotear la amenaza nos permitiría alcanzar una felicidad sin agravios ni inconveniencias. Pero el cálculo de esta felicidad no excluye el hecho de que anticipemos en nuestro imaginario las excelencias de una vida feliz, ni tampoco que podamos preservarnos frente a la irrupción de la desgracia. La anticipación que pretende medir o predecir el éxito en nuestras acciones introduce ya el riesgo implícito en el núcleo de nuestra existencia. No es posible vivir sin prever ni proponer, de la misma manera que no posible la alternativa a una vida asegurada frente al fracaso. Según esto, el grado en que se asumen y manejan los factores de riesgo es un indicativo de la felicidad que estamos dispuestos a admitir o tolerar. Se puede discutir hasta qué punto el peligro puede o debe ser afrontado, pero no parece razonable dejar de hacerlo.

De manera que encarar nuestra felicidad convoca el alcance de cuanto nos pasa, mide el sentido de nuestras intenciones y proyecta el valor de nuestros actos. En todo aquello que pretendemos y en todas nuestras actividades hemos de reconocer que no está exenta la contrariedad, la posibilidad de no acertar, de corregir y ser corregidos, no sólo porque en ello interviene la suerte –a veces de manera decisiva - como ingrediente irreductible de nuestra existencia, sino porque deseos, planes y acciones se producen siempre en un marco social donde son imprescindibles la promesa y la confianza depositadas en uno mismo y en los otros. De modo más directo, aunque menos preciso: la felicidad es una cuestión de suerte, una cuestión personal y una cuestión compartida con otros.

En este orden de cosas, intentaré mostrar primero en qué medida nuestra felicidad depende de la buena fortuna, y en segundo lugar de qué manera la felicidad de uno también depende en cierto modo de la felicidad de los demás.

### *La suerte de ser feliz*

Puede resultar chocante, incluso irritante, aceptar que nuestra felicidad debe mucho al azar o la fortuna. Nos gusta pensar que conducimos y manejamos el rumbo de nuestra existencia de acuerdo con nuestros deseos, motivaciones e intereses particulares. Defendemos que muchas de estas cosas son el resultado de elecciones personales labradas con mayor o menor esfuerzo en la órbita de nuestros valores y preferencias.

Pero si consideramos que buena parte de nuestra vida se rige por las cosas que nos pasan, entonces reparamos en el hecho de que la felicidad no es solamente algo que uno se procure intencionalmente, sino también algo que acontece. En cierto modo, no depende de un acto de nuestra voluntad, aunque el estado de dicha se pueda potenciar o favorecer. Por mucho que algunos se empeñen en lo contrario, no existe una felicidad de encargo, no hay *paquetes de supervivencia* para una vida feliz, ni tampoco instancias o instituciones especializadas que nos la garanticen. Como sucede con las ocurrencias, las emociones, la diversión, las tareas creativas o la política, en casi todos los asuntos humanos somos empujados a un sinnúmero de situaciones que escapan a nuestro control y exceden nuestras previsiones. Esto nos coloca en un escenario incierto donde el conflicto y la pérdida, pero también la satisfacción y la ganancia, nos convierten no tanto en agentes productores cuanto en seres

*pacientes* susceptibles al cambio y la mudanza. De alguna forma, nuestras acciones concentran en un mismo universo lo que nos viene dado y lo que podemos hacer con ello.

Por esta razón, la identidad que nos vamos forjando no es simplemente el producto de prácticas voluntarias, sino consecuencia de un proceso que se desarrolla en condiciones donde lo fortuito desbarata muchas veces nuestras pretensiones iniciales. Lo que vamos siendo no obedece a una planificación rigurosa, sino que más bien es el resultado de una historia que acontece y que desobedece nuestras intenciones. Como sucede con el estado de nuestra felicidad, no siempre somos lo que hacemos, podemos lo que queremos ni hacemos lo que podemos.

Sin embargo también es indudable que escribimos nuestra biografía -particular y común- a través de actuaciones queridas y decisiones legítimas, proyectamos nuevos estilos de vida y ampliamos el campo de nuestras posibilidades. Es verdad que, a todos los niveles, existe cierta normalidad, regularidad, seguridad y constancia en todo lo que hacemos y todo lo que somos. Pero lo que construimos en este orden de cosas no remite exclusivamente al ejercicio de nuestra voluntad dominante. En el complejo de nuestros proyectos y la ejecución de nuestras tareas somos afectados por imprevistos: interrupciones, intromisiones, interferencias, superposiciones o contradicciones irrumpen en nuestra vida más o menos prosaica, provocan discrepancias y generan conflictos inesperados que exceden nuestros pronósticos y modifican el estado de nuestra situación. De ahí que nuestra identidad personal no sea un simple acto de aprobación y que nuestra felicidad no se ajuste rigurosamente a la planificación de unos deseos programados.



El carácter fortuito implícito en toda existencia expresa la conveniencia de abandonar las certezas absolutas y los controles estrictos sobre los factores que condicionan nuestras acciones; pero también debería disuadirnos de la renuncia a gobernar nuestros asuntos si no deseamos ser presas del miedo y la ignorancia. Sería igualmente problemático confiar por completo al destino, la patria o los amigos la prosecución de nuestros actos tanto como pretender la autarquía de nuestros ideales de vida en un mundo quebradizo y contingente, donde la regla de nuestra libertad podría convertirse en un rígido mecanismo de actuación instrumental. La pretensión de garantizar absolutamente la seguridad eliminando de nuestro horizonte lo imprevisible es tan ficticia y desaconsejable como eximirnos de la responsabilidad de obrar racionalmente de acuerdo con nuestras preferencias. Un cierto temor a lo extraño o lo inesperado es constitutivo de nuestra condición humana. Parece recomendable tanto aceptarlo como superarlo si no queremos caer en actitudes proteccionistas o temerarias. Las justificaciones victimistas son tan peligrosas como las obsesiones voluntaristas, porque respectivamente entienden la heteronomía y la autonomía como un parapeto detrás del cual se escudan las impotencias de lo pusilánime y los aseguramientos de la terquedad o el fanatismo.

En definitiva, la felicidad no es simplemente un estado o una condición emergente de nuestra voluntad, sino el resultado de una actividad que puede ser trastocada o modificada por la fortuna. Sin embargo, aunque pueda haber mucha fortuna en la felicidad no cabe duda de que parece algo distinto de la mera buena suerte. Nuestra disposición a obrar pone en liza nuestra felicidad, porque aglutina a la vez la necesidad de actuar de

acuerdo con nuestros deseos y la posibilidad de vernos afectados por la sorpresa. Ambas cosas, deseo y sorpresa, convocan la intervención de múltiples circunstancias donde acertar o errar convierte nuestra vida en una existencia *arriesgada*. El riesgo no es únicamente un elemento negativo en la dirección de nuestros comportamientos y actitudes; también responde a la riqueza de nuestra experiencia. Los riesgos generan incertidumbres, pero también oportunidades. En condiciones de apertura y receptividad denotan una cierta inseguridad, una vulnerabilidad respecto a lo que somos y lo que hacemos, pero también una flexibilidad y adaptabilidad a las circunstancias que vivimos. El resultado negativo de esta situación es la decepción de la derrota; su sentido positivo es la satisfacción del triunfo. Se parece mucho a las premisas del juego, donde el éxito o el fracaso son igualmente factibles. Con nuestra felicidad sucede lo mismo que con el deporte: no pocas veces la fortuna supera las expectativas que uno se había propuesto para alcanzar sus objetivos. El placer derivado de la victoria se obtiene gracias a la incertidumbre que gobierna nuestros esfuerzos, para los cuales establecemos condiciones de posibilidad que permitan llevar a cabo nuestras intenciones. El jugador *está ahí*, pone los medios necesarios a su alcance con la idea de obtener un resultado favorable. Cuando no es así, reconoce que pese a su entrenamiento y su rendimiento las cosas no le han salido bien. *Algo más* se añade a la preparación que había ejercitado. El triunfo o la derrota, en cierto modo, le caen en suerte o en desgracia.

Paradójicamente resulta significativo el hecho de que también existan situaciones en las que uno sienta cierta decepción en el triunfo obtenido o cierta satisfacción en la derrota sufrida. Algo

así sucede cuando se valoran las condiciones de previsibilidad del juego o bien las actitudes de los jugadores. Un enfrentamiento donde siempre se ejerciera una superioridad manifiesta, donde la acción voluntarista produjera invariablemente la misma respuesta definitiva, resultaría tremendamente insulso y aburrido. Si en el juego todo sucediera de acuerdo con una normalidad preestablecida y un desenlace previsto, diríamos que tal cosa no es más que un artificio inaceptable, un reto que los propios jugadores terminarían por dejar de creerse. Por eso, sólo en condiciones de imprevisibilidad es factible considerar el juego como un espacio donde las cosas ocurren, puesto que en él nuestras acciones no sólo obedecen a nuestro control sino que *acontecen*. El final de una partida se cierra en tiempo y forma en función de las posibilidades efectuadas, pero deja abiertas nuevas posibilidades de mejora o deterioro que serán evaluadas de acuerdo con el resultado alcanzado y los futuros encuentros a disputar.

De manera análoga a lo que sucede en el ámbito deportivo, nuestra felicidad tiene lugar en un escenario donde lo fortuito puede ser un elemento decisivo en la trayectoria de nuestras vidas. Porque además del placer victorioso, el disgusto del fracaso nos invita a pensar que podemos corregir nuestros errores y mejorar nuestras habilidades. En toda felicidad hay siempre *algo* imponderable e inconmensurable que escapa a nuestro control pero que, a su vez, nos invita a actuar de acuerdo con nuestras prestaciones y labrar así nuestro destino.

Esta digresión quizá sirva para mostrar que para la felicidad, igual que para el juego, ha de existir cierta imprevisibilidad o incertidumbre. La seriedad del juego vital escenifica un mundo que no se rige exclusivamente por actos determinables, sino

por acontecimientos insólitos que valoramos como resultado de nuestras intenciones desbaratadas. Con frecuencia, nos atribuimos el poder de controlar el mérito o demérito de nuestros actos, cuando repetidas veces lo que de verdad sucede se produce al margen de nuestros deseos e intereses planificados. En todo lo que hacemos, hacemos más de lo que pretendíamos hacer; involuntaria o inconscientemente, ponemos en marcha una cadena de actuaciones cuyas consecuencias desmienten el ejercicio de nuestra libertad dominadora. A menudo, lo producido en la historia se sustrae a las iniciativas prácticas y las convicciones morales de quienes actúan. En igual medida, nuestra identidad no se construye solamente en virtud de nuestro temperamento y nuestras obras, sino a expensas de ello. Podríamos decir que la felicidad humana se desarrolla en un terreno de juego donde reconocemos la precariedad de nuestra constitución y la vulnerabilidad de nuestros planes, pero también la entereza y eficacia de nuestros propósitos. Los riesgos implícitos de esta situación nos permiten ejercitar nuestras capacidades de actuación, pero con ello debemos afrontar los acontecimientos afortunados o desafortunados que se producen más allá de nuestros deseos y voluntades.

No obstante, a pesar de la intervención de lo fortuito, la felicidad no es un estado que podamos atribuir a la pura casualidad. Intentaré explicarlo con un ejemplo: que me toque la lotería es algo que podría hacerme muy feliz, pero mi felicidad no depende necesariamente de que me toque la lotería. La posibilidad de que pueda tocarme, y el que efectivamente me toque, es a lo que llamaré provisionalmente la fortuna, que a diferencia de la suerte concentra en un mismo universo lo azaroso y lo necesario. El que algo *suceda*, y no simplemente ocurra,

expresa unas necesarias condiciones de vida abiertas a los efectos benéficos o perjudiciales del azar. Algo acontece, tiene lugar, cuando la ocurrencia cobra sentido, cuando adquiere una dimensión significativa, por decirlo de otra manera. En esa medida entiendo la felicidad no como algo que puntualmente ocurre, sino algo que acontece en un horizonte, que tiene lugar en el tiempo y con el paso del tiempo. De forma abreviada: la vida pasa por nosotros, pero también nosotros pasamos por la vida.

Cuando en la fortuna se expresa a la vez la complicidad de una necesidad ciega y de un azar necesario, entonces podemos comprender la felicidad como destino. Un destino en la bisagra de lo incierto y lo determinado. La probabilidad del acierto (o del error) es una posibilidad necesaria; pero en este caso lo subyacente, lo previo y tal vez relevante para el asunto que nos ocupa no es la combinación perfecta, sino la posibilidad de que lo que suceda –la felicidad– tenga lugar. De manera más clara: es necesario vivir, es necesario jugar, que existan condiciones necesarias de juego, para que la felicidad sea algo más que una simple cuestión de suerte. «Estar a la altura del azar», como escribió Nietzsche en alguna parte, no consiste tanto en domar o dominar la suerte cuanto en favorecer la existencia de un proyecto de vida propicia.

En todo caso, el reconocimiento de lo fortuito en nuestras vidas nos permite a su vez vivir una felicidad no engañosa. Es deseable, e incluso aconsejable, llevar una vida aclimatada a la costumbre; deseos, previsiones y proyectos son indispensables para mantener una coherencia respecto a lo que somos y hacemos. Pero por esta vía corremos el riesgo de caer en las intransigencias de lo programado por la naturaleza, por las rigideces del ideario, por la domesticación de los hábitos o las

coerciones de la propia fatalidad entendida de modo clásico como destino inexorable. Aunque momentáneamente estas planificaciones sirvan para protegernos, consolarnos, disuadirnos u orientarnos, lo cierto es que no pueden eludir el carácter radicalmente trágico de toda existencia humana: la presencia velada de la muerte nos acerca a una felicidad marcada por la finitud, la vulnerabilidad y la provisionalidad en todo lo que somos y todo lo que hacemos. De modo que lo fortuito, lo imprevisible, se convierte por este camino en la manifestación de algo mortífero que amenaza con ‘descolocarnos’ (en el orden nuestros afectos, en el orden de nuestros prejuicios y convicciones, en el orden de nuestra rutina), pero a su vez se revela como algo salvífico, porque su presencia nos da *una vez más* la *ocasión* de ganar o perder, de ser felices o desgraciados, de convertir el destino en oportunidad. Ningún poeta como Hölderlin para acertar a ver esta sabiduría trágica que se esconde en toda felicidad humana: «donde crece el peligro, crece también aquello que te salva».

Vivir la felicidad, tanto en circunstancias nocivas como beneficiosas, supone valorar por igual la indolencia de lo imprevisto y la persecución del propósito deseado. Arreglárselas en la vida viene a ser un compromiso entre las intenciones que anteponemos y las contrariedades que se nos presentan. Nos hacemos cargo de las circunstancias con las propuestas que ofrecemos. En todo ello, el riesgo de la sorpresa y de lo novedoso configura una existencia abierta y receptiva en la que están incluidos el éxito y el fracaso. En el proyecto de una vida feliz se conjugan a la vez el azar y la necesidad. Sólo reconociendo la presencia de lo contingente y el carácter fortuito

de las identidades es posible vivir una felicidad que no se pliega a los espejismos de la autosuficiencia o la resignación frente a un destino inexpugnable.

### *La felicidad del instante que pasa*

La inclusión en nuestra vida de múltiples factores circunstanciales revela en qué medida la felicidad se nos presenta como la mezcla de una casualidad afortunada y los efectos de una acción conjunta con los demás. Si la desgracia pertenece también al dominio de la felicidad se debe a la aparición de acontecimientos desafortunados y los avatares de una libertad en contraste con otras libertades. La privación de nuestros deseos, la renuncia a nuestros caprichos o la corrección de nuestros planes responden a los condicionamientos de una realidad (interna y externa) que nos permite adoptar una distancia crítica desde la cual examinar y proyectar nuevas expectativas de vida feliz.

Esto explica dos cosas: la primera es que la felicidad no puede ser reducida simplemente a una suma de momentos placenteros, porque expuesta a la precariedad de existir está abierta al horizonte de unas experiencias previas y unas previsiones futuras que superan las fronteras del placer querido; la segunda es que las condiciones de una buena vida se deciden en el curso de una historia que apela a unos contextos compartidos con otros, a través de los cuales se nos proporciona la perspectiva necesaria para aceptar o modificar nuestra situación. De ahí que, hasta cierto punto, la propia felicidad tenga mucho que ver con la felicidad ajena. Trataré de explicar ambas cosas en las líneas que siguen.

El hecho de que a uno la vida le pueda salir bien o mal evidencia que la felicidad está expuesta a contingencias imprevistas y planificaciones provisionales de existencia. Vamos siendo en la medida que nos readaptamos a nuevas situaciones y reconstruimos proyectos de vida satisfactorios. Según esto, la felicidad no puede ser entendida como un estado de dicha permanente: nuestra biografía (personal y social) se inscribe en un proceso donde la transitoriedad elimina tanto la concepción de una felicidad ilimitada en el tiempo como la idea de que ésta sea una simple yuxtaposición de momentos gozosos.

En efecto, la fragilidad de nuestra constitución humana da cuenta de una temporalidad marcada por la brevedad. Nuestro itinerario vital se inscribe en el curso de una duración donde nuestras actuaciones tienen fecha de caducidad y somos emplazados por un tiempo en nuestras tareas. La mayoría de las cosas que hacemos dejamos de hacerlas no porque alcancemos una perfección incontestable, sino porque llega un momento en que ya no sabemos cómo mejorarlas. Los plazos se acaban, la fatiga nos puede, la necesidad de hacer otras cosas nos reclama. Nuestra vida episódica se reconoce en el hecho de que interrumpimos o somos interrumpidos por nuevos acontecimientos que se interponen y se interpelan en nuestro devenir vital. Nuestras aspiraciones quedan truncadas en algún punto donde se hacen necesarios o inevitables el abandono y la renuncia. De ahí que nuestros fines y objetivos, mejor que en relación con una perfección buscada, se acerquen más al límite irrebalsable, el cansancio insuperable o el tiempo indisponible.

Hacerse cargo de esta finitud remite de nuevo al carácter trágico de una existencia precaria y vulnerable, pero también al compromiso con una libertad que se hace *en* el tiempo y *con* el



tiempo, no a expensas de él. Por esto mismo, la felicidad no tiene el aspecto de una duración ilimitada o la forma de una eternidad intemporal, pero tampoco la de una cadena de momentos placenteros. La satisfacción que nos proporciona una vida feliz no se mide sólo por la obtención de instantes satisfactorios, sino también por aquellos acontecimientos *nefastos* que incluyen la obligación de corregir y modificar nuestros deseos anticipados. Sobre esta clase de correctivos pende la amenaza del fracaso, la desgracia y la destrucción: la muerte, en todas sus múltiples formas de expresión, emparenta nuestra vida con la caducidad que nos define. Pero sin esta posibilidad, la felicidad tendría mucho de irreal e inhumana, porque a salvo de las impertinencias y limitaciones de una existencia finita no serían posibles ni la memoria ni la promesa que fecundan el horizonte de una vida exitosa. Su garantía y su puerto seguro ofrecerían la imagen de una humanidad extemporánea, ajena al transcurso de los acontecimientos. Su detención en el instante dichoso congelaría nuestra vida en un placer letal e inapelable. De ahí que sea imposible admitir sin reticencias que nuestra felicidad pertenezca a un origen inmarcesible, un fin soberano apocalíptico o un momento glorioso detenido en el tiempo.

El hecho de que nuestra felicidad no pueda ser reducida a la simple satisfacción del deseo momentáneamente cumplido la convierte, sin duda, en algo extraño y paradójico. La satisfacción también pasa, como pasa el instante feliz. Considerar una vida carente de contrariedades y sufrimientos, además de eludir la precariedad implícita en nuestra naturaleza constitutiva, plantearía un ilusionismo vital que sólo puede responder al rigorismo de una planificación insostenible o a la autoindulgencia

de un placer ajeno a la presencia de lo demás y de los demás. El cálculo de nuestra felicidad no se ajusta a la suma de momentos gozosos porque nuestra vida episódica no se reduce a la inmediatez que nos proporciona el placer puntual, sino que se inscribe en la constelación de una temporalidad biográfica e histórica abierta a la traducción de experiencias previas y la proyección de nuevas propuestas de actuación.

El beneplácito del placer elemental desconoce la caducidad; en sí mismo nos reporta la ilusión de un puro presente efectivo sin tensión ni distancia. Nuestra pretensión de perpetuarlo olvida que la felicidad es algo distinto de la mera persistencia en el tiempo, aunque la intención de hacerlo es ya una forma de proyectar conscientemente un tipo de felicidad que desbarata la intensidad de la satisfacción concreta. No podemos vivir sin proyectar ni valorar. El instante cumplido tiene lugar en el curso de una vida irreversible y prosaica; pero esta resulta no menos indispensable que la culminación de tales momentos dichosos, porque en la lógica de la vida ordinaria se abre paso la posibilidad del instante inconmensurable capaz de satisfacer nuestras expectativas. Podemos desear que el instante gozoso regrese, pero su petrificación en el tiempo nos haría sus prisioneros. La idea de un eterno retorno del momento feliz sólo puede ser querida como felicidad momentánea, porque su dilación congelaría toda la vigorosa variabilidad de la vida. Por eso, su carácter extraordinario obedece a la repetición de una *diferencia* que no se deja atrapar por la insistencia de lo siempre igual, sino que se presenta como aquella interrupción, contrariedad, contradicción o alteridad que vuelve. El momento inconmensurable tiene lugar, pero hace efectiva nuestra felicidad afortunada tanto como nuestra desgracia e infortunio. La

transitoriedad de estos estados anímicos explica por qué la felicidad y la desgracia se manifiestan en condiciones variopintas de existencia con la misma sentida emoción, frente a la anomia característica del aburrimiento.

Esto es así porque nuestra óptica de la felicidad no es ajena a las múltiples perspectivas y modificaciones que el mundo nos ofrece. Los estados subjetivos de placer o bienestar no se producen al margen de un contexto, que sin duda condiciona nuestras vivencias y se resiste a encapsular nuestros placeres en la realización efectiva de nuestros impulsos o en el diseño de una vida preparada. Pero incluso aunque se pudiera garantizar la satisfacción permanente de nuestros deseos, seguramente no querríamos verlos siempre cumplidos. Está en la dialéctica de la felicidad humana la previsión y obtención de sus beneficios en la misma medida que la posibilidad de que estos no se consigan *en cualquier caso*. De otra manera, la saciedad y el tedio terminarían por provocar efectos indeseados que arruinarían las pretensiones del hombre felizmente satisfecho. Deseamos *algo más* que el cumplimiento de nuestras necesidades programadas. Tan terrible resulta una vida a la que se le ha prohibido todo posible placer novedoso como aquella otra cuyos placeres se obtienen indefectiblemente, porque en ambos casos se ha renunciado a la promesa de una felicidad imprevista. La irrupción de lo inesperado responde a unas condiciones de vida abiertas a la trascendencia del propio querer. Esto genera múltiples amenazas y conflictos, pero al mismo tiempo proporciona una distancia capaz de superar la inmediatez de los deseos y las rigideces de las planificaciones canónicas. Gracias a este distanciamiento es posible precaverse contra las seducciones de lo inmediato y las ilusiones de una vida

asegurada. Sólo una felicidad consciente capaz de proyectarse en el tiempo puede responder por el sentido de sus propios placeres y necesidades. El hecho que no saber absolutamente lo que queremos de modo concreto y general, siempre y en todo momento, responde a las dificultades que se derivan del intento de planificar el diseño de una vida feliz. Los recetarios elaborados en esta dirección son indicativos del esfuerzo por eludir el peso de la desgracia, pero a menudo olvidan la inconveniencia de saber permanentemente lo que deseamos y esperamos en cada situación. La felicidad del instante dichoso con frecuencia trasciende las satisfacciones proporcionadas por su aparición revelando muchos aspectos distintos de los esperados.

Es recomendable vivir una vida cuyos proyectos estén abiertos a esta clase de momentos felices, a veces sublimes, que afortunadamente rebasan nuestras expectativas. Tales momentos suspenden y superan el curso de una vida determinada por planes y objetivos más o menos prosaicos. El carácter extraordinario que presentan está transido por la intervención de una suerte afortunada o desafortunada que - más allá del estupor inicial, la sorpresa novedosa, el agradable deleite o la conmoción con que nos afecta- permiten evaluar, gracias a nuestra distancia crítica, los efectos de su irrupción y los desplazamientos que modifican nuestros proyectos de vida.

### *La felicidad como extrañeza*

En la tentativa que supone llevar a cabo una vida feliz debemos tratar de regularnos en todo cuanto nos ocurre, lo que también implica determinar cuándo y en qué medida queremos abandonarnos a las circunstancias que modifican

nuestras intenciones. La posibilidad de corregir y ser corregidos por aquella realidad que contraviene y se solapa a nuestra libertad define un proyecto de autodeterminación que rompe con la indulgencia excesiva, el placer caprichoso o los ideales de una moralidad impracticable. Una libertad no sería real si no pudiera ser desmetida por la implicación de otras libertades que se resisten a ser absorbidas, usadas o reprimidas bajo los imperativos de nuestra voluntad. Estas *resistencias* introducen en nuestra vida conflictos o amenazas continuas que nos exponen negativamente a la desgracia, pero son también *ocasiones* para el aprendizaje y disfrute de una convivencia con la alteridad que no escamotea las debilidades fronterizas entre lo propio y lo ajeno. Lo que acabo de decir puede entenderse en la dimensión de los afectos individuales tanto como en los enfrentamientos entre lo privado y lo público dentro de un contexto social y cultural. Dicho de manera más directa: el precio de nuestra felicidad se mide en relación con la naturaleza de lo extraño.

Contra la saciedad de la repetición compulsiva, contra la amenaza de lo siempre igual, la felicidad se presenta como extrañeza, como una peculiar relación con lo extraño. Lo extraño es lo otro, son los otros, el acontecimiento inesperado, el huésped entrometido. Se comprende mejor nuestra felicidad cuando acertamos a descubrir lo que en ella hay de extrañeza y de extranjería. Lo extraño tiene lugar precisamente cuando algo ocurre, nos ocurre o concurre con nosotros, desplazándonos respecto del orden *figurado* y emplazándonos a actuar. Advertimos nuestra propia extrañeza cuando algo *inapropiado* irrumpe y provoca en nosotros una respuesta. Resalto lo de *inapropiado* porque, efectivamente, ese algo añadido o sustraído

no resulta ser de nuestra propiedad, lo que en muchas ocasiones genera un conflicto de intereses. De repente, somos visitados por un huésped imprevisto que contradice el propio saber o excede el propio querer, pero sin embargo su aparición inesperada nos da la ocasión de atender a sus demandas y necesidades, nos permite tomar distancia respecto de nosotros mismos y adoptar una conciencia crítica capaz de generar sentidos diversos a nuestros planes y expectativas iniciales.

El huésped puede ser interior o exterior, lo inapropiado puede obedecer a una inquietud interna o a la intromisión repentina de algo o alguien externo, pero su presencia inhóspita no deja de ser turbadora. Su manifestación revela en nosotros una contingencia, inestabilidad y vulnerabilidad que condiciona nuestros hábitos de vida. Si interpretamos lo extraño como un peligro, frente a su hostilidad empleamos estrategias de disuasión, exclusión y neutralización que garanticen nuestra salvaguarda. Aunque también es cierto que el huésped no necesariamente tiene por qué ser amenazador; puede tratarse de una visita amistosa, exótica o simplemente pintoresca. En cualquier caso, la experiencia de lo extraño provoca en nosotros una inquietud ambivalente en la que el miedo y la fascinación concitan a la vez una mezcla de atracción y rechazo semejante a la que Kant describió para hablar de lo sublime dinámico en su Tercera Crítica.

La intromisión de esta extrañeza, a menudo deshauciada en nuestra vida ordinaria, incorpora *algo más* que se añade o sustrae a nuestros deseos e intenciones previstas; responde en el tiempo a la repetición *diferida* del instante que vuelve, a la diferencia que nos desplaza del lugar propio y nos emplaza a actuar de acuerdo con circunstancias momentáneamente

novedosas; describe el carácter paradójico y alienante de una felicidad posible que no nos pertenece nunca del todo. Su aparición espectral nos impone la tarea de ponderar aquello que nos sale al paso de forma intempestiva o amable, creando en nosotros la *oportunidad* de dar cuenta de aquello que acontece a pesar de nosotros mismos.

La intromisión de esta visita inoportuna muchas veces es incómoda y desconcertante por lo inusual y extraordinario de su presencia en el universo de una vida doméstica, aunque advertimos también una extraña familiaridad ante ella cuando le damos conscientemente hospedaje, porque despierta en nosotros el reconocimiento de aquellas sombras más o menos excluidas en los ordenamientos de nuestra propia vida. Su naturaleza fantasmagórica erosiona y contamina el lugar apropiado desde el cual ejercemos el dominio controlado de nuestra situación, que discursivamente tiende a cerrarse sobre sí misma en razón de una identidad supuestamente visible y absoluta. La visita extraña nos descentra y desestabiliza, porque relativiza y vuelve extraño nuestro presente más o menos satisfecho de sí.

La violencia ejercida por el momento que llega y se alberga como amenaza de una demora en el retorno de lo imprevisto, en la vuelta de un instante impredecible, inaugura algo inaccesible que desorganiza las cosas y rompe con los espejismos de una identidad anclada en la actualidad de su presente. La recurrencia o supervivencia de este elemento extraño debe entenderse como un envite y una invitación: pone en peligro nuestros esquemas espacio-temporales, infunde a la vez temor y fascinación, manifiesta el desconcierto de un presente dislocado e inaprensible, revela algo impresentable, secreto y eludido en la

formación de nuestros deseos planificados, pero nos faculta para la aparición de una felicidad posible. Nuestra dicha (también nuestra desdicha) debe mucho a esta extrañeza inesperada cuya violencia irreversible impide que podamos aferrarnos a la continuidad de lo mismo y de lo idéntico.

La extrañeza de ser feliz viene dada por aquellos acontecimientos insólitos que desenmascaran la pretensión de ser absolutamente uno mismo sin que por ello tengamos que llegar a ser, no obstante, absolutamente otro. Ni lo extraño puede ser absolutamente extraño, ni lo propio exclusivamente propio. Las diferencias entre lo extraño y lo propio sólo pueden definirse en relación recíproca, pero nunca aisladamente. Esta relación, mejor que vista desde la comparación y la exclusión, debe entenderse desde una lógica de contrastes y transiciones. Dar cuenta de aquello que nos constituye, pertenece o resulta familiar necesita del encuentro con aquella alteridad que añade o sustrae a nuestra existencia la intención de gobernarla en función de nuestras razones, o de abandonarla a su suerte en virtud de una heterogeneidad opaca. En contraste con aquello que difiere de las voluntades y pretensiones propias de cada uno, advertimos en nuestra felicidad algo impropio –la felicidad de los otros– que se sustrae a toda posible comparación. La reciprocidad que se produce en la amistad y en el amor, por ejemplo, resitúa el valor contingente de las tautologías prediseñadas por nuestra conciencia y corrigen los enquistes de nuestra voluntad. En el trato con uno mismo y con los demás hemos de dar cuenta de un aprendizaje de lo extraño que toma en consideración las particularidades de cada identidad sin quedar encerrados en ellas.

No podríamos medir comparativamente el grado de felicidad que nos pertenece sin el reconocimiento de una extrañeza en lo



propio y lo ajeno, en cuyo caso debemos hacernos cargo de algo inaccesible e indisponible que supera todo cálculo y predecibilidad. Porque nuestra felicidad, igual que nuestra vida abierta a una realidad plural y metamórfica, no está a nuestra entera disposición. Sólo podemos hacerla disponible y propicia estableciendo marcos de actuación dialógica en el trato con otras libertades y felicidades interpuestas.

De la misma forma que no se puede ser feliz prescindiendo de lo otro y de los otros, tampoco se puede ser feliz por lo otro ni por otros. Bien es cierto que, en situaciones de riesgo, la urgencia por las previsiones y los dominios crece de acuerdo con la intensidad de los miedos y amenazas que interpretamos en relación con nosotros mismos y con los demás. El diálogo con lo distinto a mí, con lo distinto de mí, a menudo genera una felicidad que vive a costa de lo ajeno. El error implícito en estas actitudes estriba en considerar una diferencia unilateral entre lo propio y lo extraño, en tomar la diferencia desde el ámbito de lo mismo o por comparación u oposición a lo mismo. Porque lo que difiere de uno mismo, la ocurrencia que irrumpe y termina por escribir la historia de los acontecimientos que definen una biografía y una historia, afortunadamente *tiene lugar* y ocupa un lugar. Responde a la naturaleza de la felicidad en juego el hecho de que pase algo, de que las cosas pasen, de que exista posibilidad para el acontecimiento extraño y extraordinario, para el momento que también pasa. De otra manera, nuestra historia se inscribiría en la estolidez de lo siempre igual, en la estupidez de lo mismo. Porque la vida *discurre*, porque hay discurso en la traducción y la interpretación de nuestras experiencias, emergen sentidos contra las pretensiones de una razón absoluta y las sinrazones de un relativismo igualmente solipsista.

No podemos vivir por otro ni tampoco en lugar de otro, pero resulta inconveniente vivir solamente a costa de lo propio o como propietarios exclusivos de lo ajeno, porque en tales casos nuestra vida queda empobrecida por la imposibilidad de ser interpelados por algo diferente. Se puede vivir a costa de lo ajeno en el lugar propio, pero también vivir lo propio en el lugar de lo ajeno. La alteridad imprevista relativiza nuestra propia centralidad y nos disuade de parecernos demasiado a nosotros mismos o de convertirnos en seres completamente alienados. Nuestra relación con lo extraño apunta a una felicidad extraña: implica un paradójico autoextrañamiento que nos impide sacrificarnos en honor a lo otro o beneficiarnos una satisfacción que elimina lo otro de nuestras vidas.

Una felicidad sin contrastes sólo podría responder a la temeridad o el cinismo de quien se cree a salvo de cualquier peligro, ajeno a cualquier imprevisibilidad. Contra la inercia de lo habitual y la indiferencia de lo absurdo, la felicidad como extrañeza crea sentidos en el encuentro con lo otro y con los otros. La feliz intervención de lo distinto rompe con aquellas visiones unilaterales del deseo y la satisfacción, preocupadas por alcanzar o suprimir el momento que llega pero que también pasa. Nadie se queda permanentemente.

Como un huésped inesperado, la paradójica presencia de la felicidad revela no solamente una peculiar trascendencia en el tiempo a través del instante que pasa, sino una necesidad de respuesta ante la extrañeza –propia y ajena- que nos emplaza a vivir en el límite donde afortunadamente una vida tiene lugar, donde hay todavía una historia que contar.